

“El poder necesita cada vez más de almas rotas, así como las almas rotas de la subordinación al orden. Lo que el poder no contempla, es cómo las almas rotas pueden ser posibilidad de construcción de otras realidades, a partir de asumir el desafío de abrirse a la conexión de consciencias”

Zemelman, Arroyo, Aguilar, Gómez (2007 - 2024)

“Espejear” como dispositivo metodológico

Tal vez ¿valdría la pena repensar el concepto “espejear”? El espejo, en un lugar más bien pasivo, devuelve tal cual la imagen de quien en él se refleja; no hace ni más, ni menos. No obstante, en este proceso de encuentro y de conexión en el lpecal, el pararnos frente al otro ha implicado ya un **movimiento de pensamiento y de consciencia**; una decisión y un esfuerzo de **des-colocación – re-colocación** para descentrarse de sí y volver a sí, pero esta vez a través de otro que es reflejo y a la vez espejo.

En esta experiencia, el acto de “espejear” ha estado mediado por la voluntad de ir al rescate del sujeto y, por ende, se constituye en un acto de rebeldía frente a los condicionamientos que moldean formas de ser y de estar, útiles a las distintas formas de poder. Es un acto que hemos vivenciado como algo que va mucho más allá de un simple reflejo; no es un reflejo en seco o inerte; es un reflejo vivo, consciente e intencionado para escuchar al otro, aproximarse a su experiencia y contribuir a que se dé cuenta de los sentidos y significados que configuran su subjetividad.

Ahora bien, ser “espejado” ha significado la posibilidad de sentirnos vistos y “existentes”. De repente ya no estamos refundidos en moldes y abrumados por el “deber ser”, sino que estamos siendo y recuperando la posibilidad de ser protagonistas como sujetos históricos y sujetos de la experiencia, capaces de pensarse y repensarse en el encuentro con el otro y en el reflejarse en el otro desde vivencias cotidianas.

Ser escuchado con presencia y atención y recibir la devolución sentida, intencionada, respetuosa y cuidadosa, releva el valor de este ejercicio como dispositivo metodológico para construir conocimiento desde lugares no normativos. Se privilegia el senti-pensar y la emoción como fuente primaria de conexión cuando podemos resonar con el otro y vernos reflejados en el otro para encontrar nuevos sentidos y significados que se van hilando para descubrirnos como sujetos constructores de realidades.

En ocasiones, retumba la invitación: *“no vamos a juzgar, a explicar, a aconsejar o a sobre interpretar”*. Esta consigna fue como una señal que nos invitaba a atrevernos a transitar rutas inexploradas y por ende, significaba todo un **desafío de colocación**. Todas estas

expresiones -juzgar, interpretar, explicar, aconsejar etc- tienen una característica común y es un lugar de poder o de superioridad frente a la experiencia del otro. Un juicio de valor, un ejercicio de pensamiento netamente racional, opresión, desconexión, utilitarismo, limitación, conclusión.

En lugar de esto, el llamado ha sido a “ayudar”, “escuchar”, “donar”, “rastrear”, “contribuir”, “espejar”, “devolver”, todas ellas sugerentes de movimiento que ponen de presente a un otro con el cual entrar en relación como condición necesaria para la recuperación del sujeto.

“Donar” la pregunta es en sí mismo un acto de generosidad que transgrede lo meramente transaccional y racional. Estas formas de nombrar encuentran un anclaje en la emoción y en el actuar; son una provocación a moverse, a involucrarse, a ver al otro y ser con el otro; acompañarle en el retorno sobre sí mismo para ayudarlo en el proceso de “darse cuenta” y transitar hacia actos de conciencia que trascienden la individualidad para tener un retorno sobre el círculo.

Lo que le pasó o se movilizó en uno/una, no sólo se quedó allí, hay un resonar colectivo con la pregunta de sentido, justamente porque esa pregunta interroga a un sujeto eclipsado por absolutos, e interroga marcas compartidas.

Las preguntas de sentido y significado y su vocación liberadora

En este proceso de transitar y reconocernos dentro de nuestra historia y contexto, las preguntas han sido una herramienta fidedigna de posibilidad y alternativa frente a la creación de conocimiento, ya que la pregunta por sí misma es provocativa del “pensar para y con”, es decir “del acto de pensar como acto de libertad”(Fabio).

Al compartir los significados que envuelven en cada uno de nosotros el sentido de cada pregunta, María fernanda nos invitaba a mirar cómo el poder de la pregunta puede también estar acompañada de su estética, es decir de ¿cuándo emerge, cómo y desde dónde puede colocarnos para que emerja a quien pregunta? dándonos la posibilidad de *relacionarnos entre la situación vital del sujeto y su capacidad de plasmar belleza o verdades*.

Las preguntas a lo largo de nuestras vidas han conllevado a significados de medición y/o evaluación donde la pregunta se ha vuelto el contenedor determinante de quién es quién sabe y cómo lo sabe, provocando una constante competencia no solo por dar respuesta sino “la mejor respuesta”, sin importar el sentido y significado profundo al que invitan las preguntas con sentido... a un sentido liberador que cataliza potentemente el sabernos sujetos experienciales e históricos.

Un aspecto compartido entre nosotros es que hacer preguntas “de sentido” es un acto no sólo que brinda rutas alternativas de dirección, sino que te dan sentido, emocionalidad, permitiéndonos posicionarnos más allá de lo cognitivo-racional y de aquellos mandatos parametrales que nos han hecho “hacer sin consciencia”, dejando de “ser con consciencia y conectando con consciencias”.

Durante este proceso podemos reconocer como las preguntas han sido pieza clave de mirarnos para reconocernos dentro de este proceso histórico, y en más de una ocasión a

cada uno de nosotros nos ha devuelto el sentido de nuestro ser en relación, como en existencia.

Dichas preguntas no solo han transformado a quien las recibe como regalo, sino también a quienes las invocan para luego transmitir las, ya que el proceso de hacer preguntas es también un proceso de reconocimiento del ser mismo y del ser reconocido como “el otro”, donde finalmente al compartir la pregunta, se da la conexión, se converge entre ambos para mirarnos y reconocernos desde nuestra historia y emocionalidad compartida frente a la línea histórica que caminamos.

Como parte de vivirnos y acompañarnos en los círculos, la experiencia ha sido desde una escucha amorosa y una elección cuidadosa de brindar y donar preguntas con sentido, donde la pregunta hacia el otro, es una forma de acompañar y “espejear” provocando una acción liberadora para “ser sujeto” y “rescatar al sujeto”. Dicho rescate en el círculo nos ha significado el mirarnos, sentirnos, reconocernos que estamos y existimos.

Acompañarnos desde la pregunta en los círculos ha sido la forma más dignificante, amorosa y respetuosa de ir conociendo y reconociendo a un ser, que aun encontrándonos en latitudes tan lejanas del mundo, podemos mirarnos y sabernos pertenecientes y acompañados de seguir insistiendo y resistiendo en la gestación de espacios empoderantes, vitalizadores y dignificantes donde prueba que el amor, el cuidado, el interés genuino por el otro, la cercanía y la esperanza son prueba vital para la validación de saberes y la construcción de conocimientos.

“Desde lo parametral lo teórico no hace preguntas, ya que ha venido nombrando y determinando lo que nos pasa, pero es carente del sentido más profundo...no pregunta lo que sentimos con lo que nos pasa”.

El círculo y la conexión de conciencias

El círculo ha simbolizado “estar al lado” del otro, fuese utilizado por los pueblos ancestrales de lo que hoy conocemos como América, para compartir la palabra, la misma que crea realidades, resuelve conflictos y solventa necesidades. “Estar al lado”, no al frente, no detrás, ni por encima o por debajo, si no al lado, significa la reunión de seres en iguales condiciones. Es decir, reflexionar en círculo transgrede las relaciones de poder “normales” en las que decimos sin escuchar y oímos sin hablar de manera vertical, y en muchas ocasiones, hasta violenta.

El reunirse en el círculo es una experiencia enriquecedora para el sujeto. Para nosotros ha puesto sobre la mesa la necesidad de darse cuenta, de darnos cuenta quiénes somos y dónde estamos. Ha procesado una gestación de consciencia que nos llevó a re-conocer lo que uno es, que valga decir, está condicionado por lo que los otros son. Así, desde diversas realidades de latinoamérica, en pleno siglo XXI y sin importar las condiciones de la virtualidad, el círculo de reflexión ha dado el sentido de aproximarnos, desde una mirada crítica, a nuestra condición humana.

En ese sentido, recordamos algunas reflexiones de los compañeros y compañeras, cuando decían: *“Siempre ha sido un espacio de disfrute, de intercambio, de dar, de recibir, de poder experimentar desde lugares distintos y ubicarse desde un lugar distinto, como el donar desde la generosidad. Me ha marcado mucho, lo que ha implicado construir el conocimiento desde un lugar distinto y reconocer que me posiciona de otra manera frente*

a la vida, sintiéndome acompañada y cuidada, y cuidando al otro también, sintiéndome muy bien” (Mafer).

Desde ese lugar distinto ha emergido, lo aquí denominamos “conexión de consciencias”. Los sábados se volvieron un espacio de desahogo, construimos una experiencia que trasciende lo físico, y en esa trascendencia se sanan las heridas que la historia ha dejado en nuestras generaciones a lo largo de siglos de opresión. Por tanto, el círculo de reflexión se presenta como un método de liberación, al menos del pensamiento. Porque no es que en el mundo “normal” no exista una conexión de consciencias, al contrario, ésta funciona en pro del *status quo*, porque no implica análisis, ni crítica, ni mayores habilidades cognitivas, y generalmente no requiere consenso, ya que es impuesta desde la cultura dominante. Romper esas formas de pensar es un acto de rebeldía en sí mismo, y más aún, de una rebeldía que interpreta su causa a partir del *cómo vive*.

El sábado se convirtió en un momento de hacer consciencia, nos conectó en la resignificación de lo vivido por cada uno, por cada una. Nos ancló históricamente a partir de mirar hacia adentro nuestro propio caminar: *“Fue a partir de un ejercicio en donde Andrea nos puso a puntualizar las experiencias que nos habían marcado donde “me di cuenta” que venía del proceso de mi papá” (Fabio)*

Pero ¿qué es eso de “hacer consciencia”? Para nosotros ha significado un movimiento en nuestro yo-sujeto, porque representa una rebeldía en contra de lo determinado, desde ahí se busca que algo cambie, se transforme. *“La consciencia puede sacarnos de las determinaciones”*. Aquí recordamos aquella reflexión sobre “la doble vida”, que se refiere a que por un lado, uno lleva una vida apegada a las normas sociales para poder sobrevivir, y por otro lado, uno sueña con una vida que quiere, para la cual no tiene tiempo ni recursos. Pero el darse cuenta, el reconocimiento de esta doble vida supone crear estrategias para trascenderlas, porque no deben estar peleadas, más bien pueden ser aprovechadas como un punto de partida para realizarnos como sujetos humanos. No se trata de elegir una o la otra sino de resignificar la vivencia de ambas.

En fin, consideramos que el círculo de reflexión y su propuesta pedagógica ha sido un espacio, no físico, sino un especie de hábitat del pensamiento en el que se conectaron nuestras consciencias, mientras se iban construyendo así mismas desde los demás. Nos ha creado un sentido de comunidad, un nosotros que ya llevamos dentro, como una parte fundamental de lo que somos. Y que además es una parte que sana nuestras heridas de viejas formas de pensar, de pensarse, de pensarnos, las cargas culturales y los prejuicios teóricos. Bajo esta lógica, el círculo ha sido una experiencia sanadora.

El Retorno sobre sí para Re-conocer-Se y Re-conocer-Nos

Retornar: volver a un punto. Suele ser sencillo, pero se complica si nos preguntamos ¿para qué volvemos? ¿cómo lo hacemos? ¿con qué intención? y se dificulta aún más cuando el punto es uno mismo, cuando el lugar al que se retorna somos nosotros mismos. El ejercicio de retornar sobre sí mismo nos enseñó que verse en los demás invita a destruir lo que creemos ser, lo que nos dicen que seamos, el orden de la vida que nos

imponen. Y en esa destrucción, reconstruirnos como sujetos ubicados históricamente y con capacidad de generar realidades alternas que liberen la condición humana.

Sin embargo, en ese camino, el retornar sobre sí mismo requiere, desde nuestro punto de vista, de tres grandes condiciones, sin las que no es posible: a) aprender a escuchar, b) pensar desde el campo emocional y c) usar un lenguaje liberador.

“Escucharnos nos vincula” (Yihan), *“somos el eco de muchas voces”* (Fabio), aprender a escuchar es disponerse completamente a reconocer al otro, solo ahí somos capaces de vernos en los demás. Eso da paz, genera quietud y abre posibilidades de ampliar la mirada, cambiar el ángulo y construir conocimiento a partir de relacionarnos con amor. Aprender a escuchar es un pilar del reconocerse-reconocernos, porque sugiere estar, sentir y pensar con el otro. Nuestra experiencia al escucharnos ha ido desde comparar las realidades de nuestros países hasta identificar los sedimentos que el sistema ha dejado en nosotros a lo largo de nuestras vidas.

En este aprender a escucharnos, nos hemos dado cuenta que somos capaces de edificar otros valores, que valen más que los creados por la sociedad, pues suponen el reconocimiento propio en la relación con el otro: *“Me he sentido valorada por mi saber y el reconocimiento de otros saberes (que nos interpelan, nos emocionan) Reconocer nuestros saberes es reconocer la vida del otro”* (Yihan). Además, escucharnos nos ha llevado a pensar en nuestra propia interpretación y su significado: *“ahora puedo escucharme a mí misma y darle validez a eso que digo sin necesidad de soportarme en alguien más”*. (Yihan)

Otro de los pilares fundamentales para el reconocerse-reconocernos es el campo emocional. El conectarnos como seres vivientes a partir de las emociones, reconocerlas y darles valor ha sido una experiencia liberadora, en todo sentido. Desde comprender que todo conocimiento parte de un estímulo sensorial que el cuerpo absorbe y procesa -y que esos principios los compartimos todos los seres humanos-, hasta rastrear en ese campo emocional las estructuras que definen muchas formas de nuestros comportamientos y muchos contenidos de nuestros pensamientos.

En el campo emocional hemos aprendido a reconocernos: *“Cuando uno se ve desde adentro, tiene la capacidad de verse en los demás. Nos vemos en los demás”* (Fabio), lo cual ha sido una experiencia confrontativa en el buen sentido, nos ha puesto frente a las determinaciones dominantes y nos ha hecho encararlas con *intención de autonomía*. A su vez, desde el campo emocional hemos hecho consciencia de que todos tenemos conocimientos en tanto sujetos históricos, desde la experiencia: *De alguna manera, esto resignifica la experiencia como la fuente de conocimiento, no más o menos válido o valioso que otro, simplemente conocimiento”* (Yihan).

Por último, el uso de un lenguaje liberador nos ha permitido darle un sentido ético a este proceso de aprendizaje, con todo el compromiso político que dicho sentido exige. Decir re-conocer es tener la intención de volver a conocernos y no podemos hacerlo si no nos vemos en los demás, si no tenemos la capacidad de vernos en los otros. Esto engendra una potencia sumamente reveladora: el nido del conocimiento es la vida diaria en su nicho concreto de cómo la significa el sujeto.

Decir que sin el otro no existimos es reconocer que sabemos lo que sabemos por nuestra relación con los demás. Palabras como “donar”, “espejear”, “reflejar”, etc., y frases como “dar sentido”, “ubicarse históricamente”, “decodificar las claves”, “pensar en clave de”, han ido tejiendo una gruesa tela de reflexiones que liberan, porque sitúan la palabra, creando y recreando las realidades de las que da cuenta, y como quien hilvana con sabia paciencia, han resultado en un *sentido de comunidad*. Aquí recordamos cuando varios han dicho cosas como: “solo con ustedes puedo hablar de esto”, o “lo que decimos aquí no puedo decirlo en otro lado”, o “con ustedes puedo ser yo auténtica”.

El lenguaje ha construido una realidad que cambia la establecida en nuestras vidas. Consideramos que nos ha dado una misión de tratar con más paciencia y amor a los demás, sabiendo que somos una misma cosa y que lo que digo puede destruir vidas o construir procesos, y que ahí yace el compromiso ético al que nos invita el hablar en clave del otro.

En conclusión, reconocerse a partir de la escucha, del campo emocional y del uso de un lenguaje liberador ha significado reconocernos como un grupo conectado en la consciencia, de la cual el círculo de reflexión ha actuado como gestor.

Un conocimiento anidado en el cuerpo y en la emoción

En el último círculo nos reunimos Fabio, Yihan y María Fernanda a hablar sobre la experiencia de circular en el Ipeca. A medida que la conversación fue avanzando se advertía cierto cambio en la intensidad y tonalidad de la voz. Había una enorme conexión, unas resonancias que iban, envolvían, rebotaban y volvían, como en una suerte de juego apasionante que captura por completo la atención y del cual no se quiere salir porque resulta en absoluto estimulante.

En un momento determinado Yihan menciona “*yo me enamoro del otro cada vez que hablan*”; y al rato Fabio resuena “*es un enamoramiento genial, me conectan más cosas que ustedes han dicho que El Ángel de la historia de Zemelman*”.

Y claro, ¿qué puede generarnos más sentido que lo que nosotros mismos, en una suerte de comunidad, hemos podido nombrar para construir conocimiento, a partir de nuestras propias experiencias, de reconocer y reconocernos en los otros?

En efecto, es una experiencia de conocimiento que convoca mucho más que la razón; como bien lo dijo Yihan, es una especie de enamoramiento, una experiencia que se anida en el cuerpo; en la emoción, que emerge cuando nos damos cuenta de que nos dimos cuenta y por ende, “nos hemos transformado”.

Parece entonces que la esperanza emerge cuando se vivencia y se atestigua una epistemología del amor, liberadora, transformadora, capaz de generar lazos tan fuertes que van más allá del encuentro físico.

Y entonces ¿qué es esto que llamamos enamoramiento?

Puede ser la posibilidad de reconocerse en el otro, resonar con el otro desde una experiencia compartida de construcción de conocimiento, una especie de euforia que se

detona cuando experimentamos el encuentro con lo desconocido, lo inédito, lo no dicho; el encuentro conjunto de sentido, el vínculo único y particular que se teje en el acto de “construir con el otro”, maravillarse del acto de consciencia, atestiguar el rescate del sujeto, atestiguar “el milagro”.